LA TRIBUNA DE LA VERDAD

Lo indecente

ÁNGEL FERRÁNDEZ IZQUIERDO

El concepto de indecencia, retornando a mi niñez, me venía asociado con el binomio verano-playa, cuando entonces se señalaba a una persona -habitualmente una mujer- como indecente cuando dejaba ver más piel de lo que se estimaba normal, consideración que, obviamente, se acentuaba en la orilla de una playa. Desde que el alcalde de Benidorm tuvo el acierto de desmitificar el bikini aquella acepción cayó en desgracia y pronto se empezó a pensar que no era muy acertada.

Lo realmente indecente sigue tan vivo hoy como ayer, aunque tengo la impresión de que el abanico se ha ampliado casi indefinidamente. Cualquier buen diccionario nos explicará el verdadero significado, pero el sentido común será nuestro mejor compañero de viaje. Por ejemplo, es indecente pagar tales millonadas por un rompepelotas, pero también lo es permitir que haya un sólo niño que pase hambre o muera por falta de asistencia.

Está claro que hay indecencias universales y locales, que la tipificación del hecho es subjetiva y que no todo lo susceptible de ser indecente tiene el mismo nivel. Pero lo que de verdad importa es que cada cual esté presto a reaccionar ante el primer síntoma de indecencia que sea capaz de detectar. Yo diría que eso sería una estupenda medida del grado de salubridad de una sociedad y el mejor antídoto para combatir el penoso estado de encefalograma plano al que desgraciadamente nos estamos empezando a acostumbrar.

Es una indecencia suprema, por ejemplo, que el presidente Zapatero, empujado por un grupo político catalán, haya renunciado a la subida de impuestos a los más ricos. También lo es que el presidente valenciano se haya dejado vestir por un grupo corrupto. Es una indecencia que un vicepresidente, ahora, se deshiciera, entonces, en favores hacia la empresa de su hija. Pero es más indecente, si cabe, que, a pesar de ello, todo siga igual.

Es indecente que con cuatro millones de parados, o sin ellos, haya eurodiputados que se embolsan en un mes lo que una de esas familias ganaría en todo un año. También lo es contemplar el enmudecimiento cómplice de unas organizaciones que otrora se decían defensoras de los trabajadores y que han desaparecido víctimas de la subvención.

Es una supina indecencia que te coarten la libertad obligándote a votar una lista cerrada. Pero más lo es que arribistas y mediocres se refugien en ellas con el beneplácito de esas cosas llamadas partidos políticos. Es indecente que todavía existan parlamentarios regionales, con novia e intereses brasileños, que no han estrenado su escaño, pero que siguen engrosando, puntualmente y mes a mes, su cuenta bancaria. Pero más lo es que ninguna autoridad haya tenido los santos redaños de retirarle el sueldo.

Es una indecencia escuchar cada día que todos los españoles somos iguales ante la ley, cuando sabemos que la España de las autonomías ha multiplicado por diecisiete el números de aforados, es decir, de protegidos ante la ley sin más mérito que la coraza que le presta una lista cerrada. Ejemplos flagrantes y recientes –casos del agua y la financiación autonómica- prueban que tampoco los españoles somos iguales ante los poderes legislativo y ejecutivo.

Es indecente, por irresponsable, contemplar la pasividad social ante el estado de la educación secundaria y muy pronto, gracias a Bolonia, de la superior. También lo es la desigual aplicación de la Ley de la Dependencia en las diferentes autonomías, pero más lo es contemplar el deplorable espectáculo de cómo se echan las culpas los unos a los otros: es que los de Madrid

no mandan el dinero; es que los de Murcia se lo gastan en otras cosas. Y más lo es que el inepto consejero de turno renovó su altísimo cargo después de un rotundo fracaso en su puesto anterior.

Seguramente, el mayor indecente regional, por genocida ambiental, es el promotor de Puerto Mayor, pero no lo fue menos quien le permitió colocar la primera piedra. Si además se jacta de seguir adelante con el proyecto -"dejando que graznen los cuervos envidiosos"- habrá que declararle el indecente mayor del reino.

Hay tantas cosas indecentes que Vd., amigo lector, podría confeccionar su propia retahíla, a lo cual le animo, pero no para luego olvidarla, sino más bien para remitirla a la sección de Cartas al Director. Hay tantas indecencias que servirían para explicar al profano el concepto de número infinito. A saber, ese número que parece un ocho acostado sólo quiere decir que algo se puede hacer tan grande como se quiera. Y así sucede con el número de indecencias, que jamás deja de crecer.

Feliz y decente verano.

Ángel Ferrández Izquierdo
es catedrático de la Universidad de Murcia